

CAPÍTULO XII

ITALIA

PAPAS.—LONGOBARDOS.

En sus instituciones civiles no ofrecía la Italia más estabilidad que la Francia. En el primer impetu de la invasión habían ocupado los longobardos gran parte de ella; pero si la división que hicieron entre diferentes duques les ayudó a establecerse en el territorio, también les estorbó consumir su conquista. Siendo elegido el rey entre estos diversos señores sin derecho hereditario, resultaba necesariamente una revolución a cada vacante del trono, y los duques favoreciendo a uno u otro de los competidores, no cesaban de atraer sobre sus personas privilegios cada vez más considerables; del tal manera, que los de Benevento y Espoleto obraban enteramente a su antojo. Unánimemente deseaban solo una cosa, mantenerse tranquilos y señores absolutos en sus dominios, libres de hacer la guerra, no por mandato del rey, sino para aumentar sus franquicias o sus riquezas; y así solamente con gran trabajo podían arrastrarles los reyes contra los griegos, que les inquietaban sin tregua ni descanso, ora por el instinto natural de saqueo, ora a instigación de los emperadores de Oriente. Desprovistos de marina tampoco podían los longobardos impedir a estos monarcas que enviaran socorros a sus guarniciones; socorros débiles, si se quiere, pero transportados fácilmente a donde la necesidad los exigía. Ni aun después de abrazar la religión católica dejaron de ser considerados los longobardos como extranjeros, no mezclándose con los romanos, é ignorando cuán conveniente les era ganarse la voluntad del clero. No había, pues, esperanza de que reunieran la Italia bajo una dominación bastante fuerte para hacerse temer, ó bastante bien organizada para hacerse amar.

Exarcado.—Conservábanse las tradiciones del antiguo imperio en la parte del territorio sometida

a los griegos. Estendía el exarca su dominación sobre la moderna Rumania, sobre los pantanosos valles de Ferrara y Comachio; sobre cinco ciudades marítimas, desde Rimini hasta Ancona; sobre otra Pentápolis entre la orilla del Adriático y la vertiente de los Apeninos; sobre Roma, Venecia y casi todos los países de la costa hasta el extremo de Italia (1). Algunas ciudades, como Venecia, por ejemplo, se habían emancipado de toda dependencia; otras, continuamente amenazadas, eran invadidas de vez en cuando por los longobardos. Para volverse a apoderar de ellas los exarcas se aprovechaban del momento en que estos se hallaban empeñados en guerras extranjeras ó civiles, aunque bien pronto eran encerrados de nuevo en sus estrechos límites, sin gozar nunca de sosiego, reducidos a renovar la tregua todos los años, ó a comprarla a veces al precio de un tributo de 300 libras de oro. Si carecían de dinero para pagarlas ó para mantener su ejército, confundiendo amigos y enemigos corrían sobre Roma para saquear el tesoro de la Iglesia, ó iban a robar el santuario de San Miguel en el monte Gárgano, veneradísimo por los longobardos.

Asentada en medio de pantanos Rávena, resi-

(1) Durante la dominación longobarda, el nombre de Exarcado tiene dos sentidos: en el más lato indica todas las provincias de Italia sometidas al imperio, y especialmente la Venecia, parte de la costa liguria, la Emilia oriental, la Flaminia, el Piceno occidental y el ducado de Roma; en el más estricto indica la parte oriental de la Emilia y la Flaminia, esto es, la Rumania actual; y se distingue de la Pentápolis, que sería hoy el ducado de Urbino, y parte de la marca de Ancona; y del ducado de Roma, que comprendía parte de la Etruria, con la Sabina, la Campania y parte de la Umbria.

dencia de los exarcas, y fácilmente socorrida por las escuadras griegas, se sostuvo siempre contra los bárbaros. En lo interior estaba regida por las instituciones municipales del Bajo imperio, y distribuida en escuelas para las milicias urbanas. Allí se conservó por espacio de muchos siglos una insensata costumbre, y acabó por producir resultados deplorables. Al caer la tarde del domingo, jóvenes y ancianos, hasta las mujeres y los niños de todas las condiciones salían de la ciudad, y dividiéndose allí en escuelas, según los barrios, se ponían a tirarse piedras hasta el punto de causar heridas y muertes. En el año 696 la escuela de la puerta Tiguriense desafió a la de la puertecilla de Sommo; siendo la ventaja de los primeros, persiguieron a los otros a pedradas con tal furor, que muchos perdieron la vida. Enseguida arrollaron la puerta cerrada ante ellos y cruzaron en triunfo el barrio de los vencidos. De nuevo salieron ambos bandos el domingo siguiente, y a poco se cambió el juego en una terrible refriega, en que muchos de los combatientes de la puertecilla cayeron mortalmente heridos, aunque la ley fuese conceder cuartel a todo el que implorara gracia. Entonces los de la puertecilla conciben un atroz proyecto de venganza: fingen reconciliación y convidan a comer cada uno a un tiguriense: les degüellan a la mesa, y luego les arrojan a las cloacas ó los entierran. Descubierta en breve este desman horrible todo fué gemidos en la ciudad espantada. Preceptuó el obispo Damian un ayuno de tres días y una procesión, a que asistió personalmente con el clero y los monjes, desnudos los pies, vestidos con un saco y cubiertos de ceniza: seguíanles los seglares y después las mujeres sin adornos; por último iban los pobres implorando todos á gritos misericordia. Pasados estos tres días se buscaron los cadáveres y se les dió sepultura, castigóse a los asesinos, fué quemado el menaje de sus casas, no queriéndoselo apropiarse nadie, y quedó destruido el barrio. Desde entonces se le designó con el nombre de barrio de los Asesinos (2).

Papas.—Surgía a la sazón un nuevo poder en Italia, que debía desarrollarse en el curso de aquel siglo y echar hondas raíces en medio de las ruinas de los demás. Siempre se habían mostrado opuestos los papas a la dominación longobarda, y deseosos de conservar al imperio las provincias invadidas. Gregorio Magno había empleado para lograr este fin autoridad, elocuencia, dinero, intrigas: imitaron este ejemplo sus sucesores, y cuantas veces se vieron amenazados por los longobardos, reclamaron al punto los socorros de Constantinopla (3). Conservando respecto del em-

(2) AGNELLI.—*Vita episc. Ravenn.* R. I. Ses. t. II.

(3) A los historiadores de Italia, ya citados, conviene añadir especialmente:

ANAST. BIBL., *Vita pontificum romanorum*, R. I. Script. CENNI.—*Monumenta dominationis pontificia*. Roma, 1761.

perador la sumisión contraída cuando Roma era la capital del mundo, se dirigían a él para que confirmara su elección. Le pagaban ciertas retribuciones y tenían en su corte un apocrisario para tratar allí de sus negocios; pero cada vez iba disminuyendo más su dependencia de aquellos soberanos distantes y de los débiles exarcas a quienes tenía ojeriza el pueblo. Así la autoridad de los papas, que se hallaban al frente de las instituciones municipales conservadas en aquella ciudad y a que no habían tocado los bárbaros, eludía la del duque residente en Roma, y se aproximaba a una especie de soberanía. En lo interior se aumentaba el poder de los pontífices por efecto de su inmenso engrandecimiento en lo exterior. Las ricas donaciones hechas a la Iglesia, hasta en las comarcas más distantes, les colocaban entre los principales propietarios de los nuevos reinos, donde la posesión del territorio era la fuente de la autoridad política. Los misioneros partían directamente de Roma, y no pudiendo vanagloriarse las nuevas iglesias de igualar a la romana, ni por la antigüedad ni por origen apostólico, se inclinaban delante de los pontífices con una adhesión absoluta. Como posteriormente eran las conversiones una obra de civilización y aseguraban en lo posible los reinos constituidos contra las invasiones exteriores, adquirían veneración los papas, no solo en razón de la supremacía del sacerdocio, sino también a causa de los intereses temporales.

Sabiniano.—Habiendo sucedido Sabiniano a Gregorio Magno (setiembre de 604), lejos de imitar la caridad generosa con que su antecesor había distribuido trigo, se puso a hacer compras para revenderlo. Como los pobres reunidos en tumulto pedían que no quitara la vida a aquellos a quienes Gregorio había alimentado tantas veces, se presentó Sabiniano en el balcón del palacio, y les contestó de este modo: *Callaos; si Gregorio os dió de comer para comprar vuestros elogios, yo no me cuido de hartaros a ese precio.* En estas palabras, dictadas por la avaricia, se columbra igualmente la envidia que alimentaba en su seno contra su antecesor, y que llevó hasta el punto de querer destruir sus escritos (4).

Bonifacio III.—Tuvo por sucesor al romano Bo-

Son cartas de los papas desde Gregorio III hasta Adriano I, dirigidas a Carlos Martel, Pepino, Carloman y Carlomagno.

ORSI.—*Del origen del dominio y de la soberanía de los romanos pontífices*. Roma, 1789.

(4) Así nos lo presenta Pablo Diácono; pero el padre Oldoino refiere un pasaje de la descripción de la basílica Vaticana, en la cual se dice: *Sub ejus tempore fuit famis gravis: sed perfecta pace cum Longobardorum gente, Sabinianus jussit aperire horrea ecclesie, et venundari frumentum populo per unum solidum triginta modios tritici: misericordia enim visceribus ultra quam dici possit affluebat, et quantum in se nullum a beneficio misericordie excluderat.* Notas a GIACONIO, t. I, p. 422.

nifacio III (607?), apocrisario y diácono; porque los papas eran elegidos con más frecuencia en esta orden que entre los sacerdotes, atendido á que, reuniendo en su oficio la administracion temporal y espiritual, tenían á su alcance más medios de ganarse los ánimos.

Este pontífice cedió muy en breve el puesto á Bonifacio IV (608), natural de Valeria, en el país de los marsos. A semejanza de su antecesor había obtenido del emperador Focas que los patriarcas de Constantinopla renunciaran al título de ecuménicos, é hizo que se le concediera el panteón de Agripa, que consagró después de haberlo purificado de la idolatría, á la virgen María y á todos los mártires, en memoria de lo cual fué instituida después (835) por Gregorio IV la fiesta de Todos los Santos.

Error de Honorio.—Después del romano Diadato (615), y del napolitano Bonifacio V (618?), fué ocupada la Santa Sede por el campanio Honorio (625), quien tuvo la felicidad de ver extenderse el cristianismo entre los anglo-sajones (5); pero en cambio vino á afligirle la heregia de los monotelitas. Sergio, patriarca de Constantinopla, versado en las sutilezas griegas, informó al papa de esta controversia con tanta destreza, que Honorio pensó que le preguntaba si había en Cristo dos voluntades humanas, es decir, esa propension que arrastra á los hombres al pecado. Honorio lo negó en términos formales, afirmando que no podía haber más que una sola voluntad en Cristo; ahora bien, en esto estribaba el error de los monotelitas. Pecó, pues, por irreflexión, y por deseo de acabar con aquellas deplorables disputas, descendiendo hasta el punto de recomendar á Sergio que mantuviera oculta su decision sobre la única ó doble operacion en Cristo. Al revés Sergio metió mucho ruido con la carta del papa; por eso en el VI concilio ecuménico (680), cuando se fulminó anatema contra los que no veían más que una sola voluntad en Cristo, se comprendió en él á Honorio, *ex-obispo de la antigua Roma, por haber seguido, en su carta á Sergio, el error de éste, y haber autorizado su doctrina* (6). Sin embargo, era contrario á los usos de la Iglesia condenar sin oír al acusado, y además el secretario que había escrito en nombre del papa el malhadado despacho, atestiguaba la intencion inocente de la doctrina allí espresada, por lo demás, como opinion personal.

Aprovecharonse los oficiales griegos de la muerte de Honorio (638) para saquear el palacio; pero, contenidos en su tentativa, sugirieron al emperador que echara mano del tesoro allí depositado. Después de Severino y Juan IV, dálmata (640-42), ocupó la sede Teodoro de Jerusalem, quien escribió

(5) Véase Lib. VIII, cap. XI.

(6) Si empero aquellos actos del concilio no fueron adulterados, y si verdaderamente tal es su sentido, acerca de lo cual pueden verse los tratados especiales.

la sentencia contra los monotelitas con vino consagrado. El concilio de Africa (646) le confirió los títulos de bienaventurado, padre de los padres, arzobispo y papa universal.

San Martin.—Martin, natural de Todí (649), lejos de ceder á Constante II, que queria inducirlo á aprobar su *Tipo*, convocó un concilio en que condenó las heregias, y especialmente la de los monotelitas, la *Ectésis* de *Heraclio* y aquel mismo *Tipo* (7). En esto vió el emperador un ultraje, y mandó al exarca Olimpio que se apoderara de su persona, muerta ó viva. No atreviéndose éste á lanzarse á una abierta violencia, fingió querer comulgar de la mano misma del papa, y apostó á un asesino para que lo matase en aquel momento. Este protestó de que en el instante de cometer el crimen, desapareció de su vista el papa, lo cual se tuvo á milagro, y confesando Olimpio su culpa, imploró el perdón. Mas resuelto que él (652) su sucesor, Teodoro Caliopas, se encaminó á Roma con tropas, registró el palacio pontifical para cerciorarse de que no había allí depósitos de armas, y aunque no encontró cosa alguna, se llevó durante la noche al pontífice en union de seis familiares y un copero. Anduvieron errantes por mar tres meses: habiendo abordado luego el bajel á Naxos, el papa quedó á bordo en calidad de preso, y fué trasladado enseguida á Constantinopla, donde permaneció tres meses encarcelado sin comunicacion de ninguna especie (8). Entonces se le hizo comparecer en juicio, como culpable de haber urdido una trama contra el emperador con Olibrio y los sarracenos, y de haber hablado mal de la virgen María. Convicto por medios inicuos, que nunca faltan en semejantes tribunales, fué conducido á un patio en medio de una gran muchedumbre de pueblo, y allí se le despojó del palio, del manto y de las demás insignias de su dignidad: luego le pusieron un collar de hierro, y después de haber sido arrastrado por medio de la ciudad, á pesar de su edad avanzada, fué sumergido en un calabozo sin lumbre en lo más crudo del invierno. Las mujeres de sus carceleros, dulcificaron en su obsequio, como aconteció á menudo en favor de las demás víctimas, la atrocidad de las órdenes imperiales. En aquella lóbrega mansion estuvo hasta mediados de marzo, época en que se le deportó á Querson, donde vivió penosamente en medio de privaciones y de enfermedades, hasta el momento en que Dios le llamó á su seno. Al patriarca Máximo, que sostuvo su inocencia (651), le cortaron la lengua y la mano derecha (9). Tales eran los medios opuestos por los emperadores á la accion libre de la Iglesia.

(7) Véase antes pág. 344.

(8) Tenemos una relacion contemporánea de los padecimientos del papa Martin, ap. LABBE, *Conc.* t. IV. p. 67.

(9) Gibbon, cap. XLVII, halla justo *este castigo de la desobediencia*, PORQUE en el *Tipo* se le había amenazado. La consecuencia es lógica porque es legal.

Apenas preso Martin, dió Constante orden para que se procediera á la eleccion de su sucesor; y los romanos se determinaron á cumplirla, quizá por miedo de que se encumbrara un hereje á la Santa Sede. Fué elegido Eugenio, quien vivió poco tiempo, y tuvo por sucesor á Vitaliano, natural de Segni (657). Marcos, arzobispo de Rávena, rehusó someterse á la jurisdiccion de la Iglesia romana, apoyándose en un diploma del emperador Constante; pero Vitaliano le escomulgó y Marcos á éste. Este cisma continuó en el instante en que el papa Dono obtuvo la revocacion de aquel diploma. Se atribuye á Vitaliano la introduccion de los instrumentos destinados á acompañar el canto en las iglesias (10).

Vienen enseguida el romano Adeodato (672), Dono (676) y Agaton (678), natural de Reggio en la Magna Grecia, el cual alcanzó en favor de la Iglesia romana la exencion de tres mil sueldos de oro á cada eleccion de un pontífice, á condiccion, no obstante, de no consagrar á los electos hasta después de que el emperador los confirmara. Luego Leon II (682), tambien de Reggio, Benedictino II (684) y Juan V (685), antioqueno, ocuparon muy poco tiempo la Santa Sede: el último quitó á los arzobispos de Cagliari el derecho de ordenar á los obispos. A su muerte se inclinaba el clero al arcipreste Pedro; y preferían los soldados á un tal Teodoro; conviniéndose por último en elegir en su lugar á Conon (686), oriundo de Tracia, el cual reunió todos los votos, á causa de su figura magestuosa y angélica sencillez. Igualmente disputada fué la eleccion de su sucesor (687), y al fin salió victorioso Sergio de Palermo. A consecuencia de haberse negado hasta á dar lectura de las actas del concilio *Trullano*, Justiniano II envió al protospata Zacarias con orden de prenderle (694). Sublezado el pueblo, no halló el enviado otro refugio que el manto del pontífice. El exarca de Rávena, Juan, que llegó tambien á insultarle, no se atrevió á ello, ó se arrepintió; pero la ambicion de sus competidores al pontificado perturbó la vida de este papa, quien hasta se vió obligado á mantenerse mucho tiempo fuera de Roma (11).

Tan temeroso estaba el pueblo de sufrir violencias por parte de los emperadores, que en el momento en que al celebrarse la eleccion de Juan VI, griego (701), vino de Constantinopla á Roma el exarca Teofilacto, recién nombrado, empuñaron las armas los romanos, y no se apaciguaron sino á instancias y en virtud de las seguridades que oye-

(10) «*Instituit cantum, adhibitis instrumentis que vulgari nomine organa dicuntur.*» Así se espresan las Pontificales. San Agustín emplea la voz *organum* para toda clase de instrumentos.

(11) Bajo el pontificado de Sergio (698), Aquilea é Istria se reunieron á la Iglesia, de la que estaban separadas hacia ciento cuarenta y dos años por la cuestion de los Tres Capítulos, pág. 216.

ron de boca del papa. Su sucesor Juan VII (705), de Rosano, no se sintió con fuerzas para oponer resistencia á los ruegos y á las amenazas de Justiniano, quien le hizo suscribir en un todo las actas del concilio *Trullano*.

Constantino.—Sisinio, sirio, que ocupó la Santa Sede veinte dias escasos (708), tuvo por sucesor al sirio Constantino, á quien Justiniano intimó la orden de dirigirse á Constantinopla, ora por hacer alarde de su autoridad, ora por inclinarle á confirmar el Quinisexto. Recibióle el emperador con los honores debidos á su carácter, é inclinó á sus piés la coronada frente, pidiéndole la comunión y sus oraciones, y el papa supo armonizar la justicia y la condescendencia; pero cuando Filéptico le envió las actas del conciliábulo de Constantinopla, que condenaba el VI concilio ecuménico, Constantino las rechazó desdeñosamente; y en señal de veneracion mandó pintar los seis concilios en el pórtico de San Pedro en Roma. Por su parte el pueblo no quiso rendir homenaje á un emperador hereje, se negó á conservar su retrato, obstinándose en no mencionarle siquiera en la misa, ni en los actos públicos, y en no admitir las monedas con su efigie.

Este rápido resumen nos demuestra cuán poco tenían que agradecer los papas á los emperadores y cuán inclinado estaba el pueblo á sacudir el yugo de éstos: deteniale solo el temor de enemigos más peligrosos, los longobardos.

Rotaris.—Rotaris, último rey longobardo, de quien hemos hablado en el siglo precedente, había sustituido á las costumbres un código escrito: con ayuda de las leyes y de una administracion vigorosa supo reprimir á los duques, y los guió contra los griegos: derrotó á éstos con su exarca Platon á orillas del Panaro. Avasalló el ducado de Génova con la Liguria, única conquista duradera hecha desde la primera invasion por los longobardos á los griegos.

Ariberto.—Asesinado en union de Rodoaldo, hijo y sucesor suyo, por un marido agraviado (652), quedó estinguida la descendencia de Teodolinda; pero la nacion ó los magnates eran tan adictos á la memoria de aquella piadosa reina, que todavía fueron á buscar entre los Agilolfingos de Baviera, un sucesor; y con Ariberto, hijo de Gundualdo, ya duque de Asti y hermano de Teodolinda (653), comienza otra serie de reyes católicos, estraños á la raza longobarda.

Como si el reino no se hubiera encontrado ya suficientemente dividido entre los duques de Friul, de Espoleto y de Benevento, se quiso subdividirlo á la muerte de Ariberto (661), entre sus dos hijos Pertarito y Gundeberto, á estilo de los francos y de los demás germanos. Residió el primero en Milan, el segundo en Pavia.

Grimoaldo.—No les mantuvo su ambicion acordes por mucho tiempo, y Gundeberto envió á Garibaldo, duque de Turin, á pedir al duque de Benevento, Grimoaldo, socorros para despojar á su